

CONTRADANZA

JOSÉ LUIS VELARDE

LA ESCRITURA INVISIBLE



EDITORIAL
TERRACOTA **ET**

Capítulo 2

Tula y yo sabíamos dónde Eddie Amsel proyectaba
y construía sus espantajos, que él, sin embargo,
no llamaba espantajos sino figuras.

GÜNTER GRASS, *Años de perro*

Las memorias consumidas por las llamas del blues (Robert Denton Martínez)

Finalizaba febrero de 1931 cuando la correspondencia constante de un hombre internado en la House of the Rising Sun for Alienated People, un centro de salud de Nueva Orleans, provocó la curiosidad de nuestro director Richard Yeats, por tratarse de una solicitud con peculiares connotaciones artísticas y por provenir de alguien sometido en apariencia por los rigores del cautiverio que yo he llamado “relativo”. Esa manera delicada en que las familias de apariencia intachable acostumbran deshacerse de los miembros considerados indignos. Basta adquirir un buen diagnóstico de enfermedad mental, avalado, de ser posible, por un médico prominente, elaborar una solicitud en la institución adecuada y disponer de una buena renta para cubrir los elevados costes, de este modo es posible internar hasta a una persona sana sin otorgarle posibilidad alguna de retorno.

Ante tales conjeturas inquietantes, no vacilé cuando fui comisionado para entrevistarme con Juan María Pellegrín, ese hombre que suponíamos genial y un tanto enloquecido como algunos genios excéntricos especificados por Sigmund Freud y otros destacados alienistas. Estudiosos, casi todos alemanes, que han tenido a bien analizar ciertos comportamientos extraños que agobian al hombre contemporáneo.

Salí al encuentro de Pellegrín sin compañía alguna. Iba a lomo de caballo como los pioneros. Respondí a quienes preguntaron las razones de tal extravagancia con una frase sencilla. Dije

una y otra vez que el viaje me había brindado el pretexto ideal para tener un poco de paz. Lo que sí es cierto, es que desde hace muchos años soñaba escribir un extenso ensayo sobre la naturaleza hostigada por el progreso y las incontables invenciones que nos ofrece el primer tercio del siglo XX. Al viajar a campo traviesa, visualizaría las características ambientales de nuestra región, a la par que me dirigía más hacia el oeste que hacia el norte sin demasiado retraso, pero sin apresuramiento. Pasé muchas noches rodeado de coyotes y temí volverme loco al saberme tan lejos de los puntos de referencia comunes a nuestra generación. El viaje también pretendía adentrarme en los estímulos poéticos desatados en el interior de los hombres poco acostumbrados a vivir en territorios despoblados. Las imágenes del amor irrumpieron frenéticas en las noches capaces de sugerirlo cercano. El romanticismo fue avivado por los llanos; los cactus vigilaron mi trayectoria y seguí la ruta de los pioneros conforme iba adentrándome en parajes más verdes. Desde las sombras frescas observé la luminosidad de los pueblos y las ciudades que rodeaba como si no me pertenecieran.

De muchas maneras pensé en *Metrópolis*, el largometraje de Fritz Lang. Intenté descubrir los secretos ocultos en los símbolos que representan la dignidad de la existencia frente a la deshumanización tan cotidiana. La tecnología prevalecerá si no nos convencemos de combatirla con espíritu decidido a terminar con su avance. Una noche presencié una lluvia de estrellas que surgió de una galaxia desconocida en el centro de la cúpula del cielo. Ahí mismo pude ver los cimientos de una catedral ni siquiera imaginada por los hombres. Las almas de los muertos esbozaron líneas luminosas en el borde de las nubes siderales. Las torres crecieron en la madrugada más gótica que contemporánea. Atestigué contrafuertes, gárgolas y rosetones que me invitaron a subir los peldaños estrechos y dispares hasta aproximarme al cielo hundiéndose ante mis ojos.

Era como si una catarata de estrellas descendiera para inundarme de luz.

Asido de la cruz más alta tuve a mis pies el universo.

Houston y Beaumont decayeron en la distancia y el Mississippi surgió como la encarnación de los ríos. Desconozco el Nilo y casi

nada sé del Amazonas, aunque estoy seguro de haberlos vislumbrado en algún espacio de la marcha que me adentraba en un planeta interminable. El agua se extiende por marismas y lodazales que constituyen laberintos perfectos. Las superficies no son tan sólidas como aparentan y uno debe ir con cuidado sin más referencia que una brújula tan desconfiable como las indicaciones del sextante que nunca antes había intentado descifrar sin la presencia de mi instructor, un marinero que ahora radica en San Antonio, harto de tantos años transcurridos a considerable distancia de tierra firme, pero más harto por mi torpeza y el no poder transmitirme los misterios de ese artefacto esquelético. Huelga decir que iba a la deriva, aunque me empeñara en seguir la ruta solar que tarde o temprano tendría que llevarme hasta el Atlántico.

El mar de mis sueños se adentraba en un mar aún más anchuroso. La sed y las quemaduras en el rostro eran intensas como la luminosidad solar incrementada por el agua. Cerca de la costa del Golfo de México, se erguía *The House of the Rising Sun for Alienated People*. El edificio principal es una construcción de madera blanca rodeada por pastizales amarillos. Me acerqué como si reviviera los días de la Guerra de Secesión, al descubrir aquí y allá incontables grupos de trabajadores negros empeñados en mantener la pulcritud de la finca. No dejaban de entonar una canción donde la letra perdía interés ante el ritmo que me envolvía reanimando mis pasos cada vez más enérgicos.

Lo que no podía suponer era que Juan María Pellegrín acababa de morir en un incendio junto con una mujer llamada Roberta Fletzer.

No me esperaban en el sanatorio. Tuve que entablar trámites que en otras circunstancias resultan burocráticos y dificultan la labor de los periodistas, pero debo reconocer que conseguí acceso inmediato al sitio de la tragedia por la importancia que representa esta publicación en los medios literarios internacionales. Agradezco las atenciones brindadas por los directivos de ese importante polo de desarrollo académico y hospitalario, desde el instante mismo en que me identifiqué como representante fidedigno del *Ranger Scorpion*.

En compañía de la enfermera Mariela Luxemburgo, mujer

de mirada centelleante y frases de similares hechuras, recorrí con pena las ruinas habitadas por el escritor visitado a destiempo. Horas más tarde, junto a un lavamanos ennegrecido, encontré los restos aún abrasadores de los escritos de Pellegrín. Los escondí bajo mi abrigo. La piel de mi axila terminó de apagar ese documento que no hubiera podido extraer de otro modo. Antes de adentrarnos en esos párrafos que revelan aspectos ignorados de la idiosincrasia humana, permítanme comentarles que en aquella ocasión de pretensiones detectivescas creí advertir un fragmento óseo en medio del escenario infernal donde deambulábamos. También lo escondí como pude. Posteriores consultas con médicos de la Universidad de Texas, en Austin, han confirmado mis sospechas; el doctor en fisiología Preston Riverside, asegura que el resto craneal analizado perteneció a un hombre. Soy propietario de un pedazo del hueso frontal de Juan María Pellegrín. Sin habérmelo propuesto, conservo un resto mundano del hombre a quien buscaba para ahondar en sus teorías sobre las mujeres y las maderas en contraste. Nunca imaginé entrever sus ensueños de conquistador literario condenados a la desaparición, porque el autor al que me refiero murió incinerado sin conquistar un solo galardón literario de prestigio.

Me atrevo a decir que el suicidio tampoco debe haberle otorgado consuelo.

Tras esta nota aclaratoria, necesaria por el transcurrir de los hechos, retomo el sendero abandonado en aras de la claridad periodística.

Los invito a volver al instante en que me adentré en las ruinas...

Estremecido, imaginé la muerte de Pellegrín y Roberta en un abrazo flamígero y el dolor ascendió por mis huesos. La Vía Láctea aguardaba en el exterior. Mis sueños chispeantes encontraron reposo por el firme apoyo recibido de Mariela Luxemburgo decidida a exaltar los recuerdos de Pellegrín.

Ella me veía desconsolada como la letra de un blues conjurado al amanecer en un serrallo donde no amanece nunca, mientras el tiempo consume sin remordimientos las horas buenas del presente.

Es una paradoja pensar en lo transitorio del tiempo cuando nos creemos perdurables. Imaginarlo como un destello fugaz de la memoria empeñada en visualizar el futuro que no podemos conservar entre las manos. Tales intentos nos carcomen como un tumor incurable y no alcanzamos a notar que lo único cierto es el pasado, aunque la memoria se desgaste sin remedio hasta confundir nuestros propósitos más espléndidos.

Por desgracia no pude rescatar la totalidad del texto que suscita estas reflexiones, también pasajeras, en contraste con los anhelos empeñados en escabullirse de nuestro entendimiento. Apenas sobrevivieron los párrafos que se presentan con orgullo en estas páginas con tonalidades que desearía indelebles, tan eternas como el arte que esta publicación se empeña en difundir desde su origen.

Ese encuentro con la cultura imprescindible propiciado siempre y en cada una de sus páginas por *The Ranger Scorpion*. Note el culto público las elevaciones del lenguaje pellegriniano al abordar con altos vuelos intelectuales un tema prohibido.

Lo invitamos a disfrutar las referencias que rinden pleitesía a la matrona de un prostíbulo y a las tentaciones irradiadas por sus peculiares significados y ocupantes, para encender esperanzas donde otros sólo encuentran las aberraciones del pecado y las cenizas tardías del arrepentimiento.

Muy cerca de la margen sur del Río Bravo se encuentra Ciudad Victoria, un punto más en el dilatado mapa tamaulipeco de características climáticas similares a las nuestras, ahí existe un sitio extravagante donde la madera y las urdimbres femeninas conviven más allá de la Literatura y alcanzan características irrepetibles.

TEORÍA DE LAS MADERAS CONTRASTANTES CON LA PIEL DE LAS MUJERES QUE HABITAN UN BURDEL DEL NORESTE MEXICANO (Fragmento)

(Juan María Pellegrín)

He escuchado con pena voces que no aprecian las bondades del decorado existente en la residencia de Santa María de la Barca, proba señora, depurada percepción de los sentidos, mera otorgante de placeres que no debieran ser prohibidos ni mucho menos cuestionados en cuanto al refinamiento del espacio en que

Capítulo 3

Hacer milagros es ya costumbre antigua
que está fuera de moda...

ERASMO DE ROTTERDAM, *Elogio de la locura*

Esperanza, Joaquín, los acólitos, la casa y Juanita Velázquez La casa dedicada a la mancebía en el periodo comprendido entre 1914 y 1930, permaneció abandonada hasta septiembre de 1936, la fecha en que arrancaron los trabajos de reconstrucción, para convertirse, meses después, en el domicilio de doña Esperanza de González y don Joaquín, su esposo. Los habitantes de Ciudad Victoria los vieron instalarse en la calle Abasolo cuando finalizaba mayo. El calor forjaba espejismos como fantasmas arrastrados por remolinos imprevisibles. Las imágenes desamparadas se mezclaban con el polvo y la basura hasta desdibujarse en el atardecer caldeado como una estufa.

La casa permaneció cerrada durante los tres días posteriores a la mudanza sin que nadie saliera o entrara, hasta constituir un hecho desacostumbrado para la ciudad vigilante.

Algunos vecinos acudieron a saludar al matrimonio al cuarto día. Manifestaban sorpresa por el aislamiento que no eran capaces de comprender; iban cargados de preguntas que pretendieron disimular con un pastel barato, buenos deseos, fruta de temporada o noticias recientes. Consideraban que los recién llegados ya debían estar listos para relacionarse con la gente más connotada hasta disminuir la curiosidad que despertaban sin saberlo.

Todos los grupos de concurrentes fueron atendidos con amabilidad; esto les hizo suponer confesiones cercanas que desataran los secretos al amparo de las amistades recién nacidas; en ese instante compartido sin excepción, los intrigantes alzaron los tonos de las voces para chismorrear sobre las amistades cercanas y las ima-

ginarias. Surgieron hijos ilegítimos, fortunas dilapidadas, mujeres libertinas, timadores encubiertos bajo sociedades de immaculado prestigio y una que otra novia abandonada en el altar de la iglesia de la Reconstrucción Perpetua. El entusiasmo inusual menguó por no despertar las reacciones esperadas en los anfitriones que se habían limitado a escuchar con semblante imperturbable. Las voces ansiosas de adquirir información confidencial fueron silenciándose sin remedio ante la parquedad expuesta por los González. Ninguno de los dos mostró un poco de interés en compartir los motivos que los habían llevado hasta aquella capital que languidecía modorra y tranquila.

El aislamiento que tanto disfrutaban representaba un acertijo que las comadres del pueblo imaginaron resolver en cuanto pasaran los tiempos de la mudanza. Los miembros de la joven pareja tendrían que repetir, tarde o temprano, las rutinas capaces de integrarlos a la comunidad, sólo entonces hablarían sin reservas.

Los vecinos aguardaron bien instalados en las ventanas y en los pórticos. Pacientes al principio. Protegidos del sol bajo las sombras de los truenos y los mangos que abundaban en las aceras del centro de la ciudad. Intranquilos, conforme iban desvaneciéndose las posibilidades de desenmascarar a los misteriosos visitantes. Calumniadores después, mientras reforzaban acechanzas y tendían trampas de cuestionable sutileza.

Fue en vano.

De nada sirvieron las cartas enviadas, sin que existiera un plan común, a diversas ciudades del país y del extranjero, para ver si los parientes cercanos, y los más alejados, podían aportar pistas novedosas sobre el matrimonio desconocido. Ni don Joaquín ni doña Esperanza acudieron a los eventos locales. No organizaron tertulias literarias ni sus nombres fueron inscritos en los clubes donde eran esperados por las personas que no dejaban de repetirlos, como si se tratara de una invocación milagrosa.

Los convocados no reservaron asientos para presenciar las funciones del Teatro Rex ni fueron vistos en las carpas que ofrecían espectáculos donde se alternaban obras de teatro clásico con bataclanas semidesnudas. Los nuevos pobladores no tardaron en conocer las hablillas que despertaban y no pudieron contener la

risa. Tampoco cambiaron sus hábitos al considerar al comadreo como una molestia que iba a ausentarse con el transcurrir de los días. No sabían que iban a permanecer durante mucho tiempo como tema de conversación en la ciudad aburrada. No salieron a buscar empleo y sus vigilantes aguardaron verlos inaugurar un comercio que nunca fue establecido. Los González mantuvieron la distancia con quienes se les acercaban para ofrecer amistad; sin mortificarse, dejaron sin atender aun las invitaciones escritas en tono urgente y gentileza incapaz de enmascarar la prisa que se desbordaba maleducada. Ambos eran felices con la mutua compañía, No precisaban escapatorias ni pretextos para ausentarse, como suele ocurrir en las parejas que comparten el aburrimiento. Era evidente la fortuna que les mantenía retirados del mundo. Los intentos fallidos de averiguar el origen fueron desalentando los afanes tendenciosos encaminados a revelar secretos pecaminosos. El notario público Eusebio Esquivel, encargado de los trámites necesarios para la ocupación de la residencia, no aportó datos significativos a los curiosos, al limitarse a declarar que se trataba de una transacción realizada dentro de los límites marcados por la ley. Era del dominio público que aquella casa había sido construida por el ganadero Antonio Grimaldo, antes de ser habitada por Camilo Ridaura, responsable de haberla convertido en un burdel. Este último sujeto la había heredado a María de la Barca, una madame de mano rígida y rostro cerúleo que se mantuvo al frente del negocio hasta 1930, el año de la clausura. A partir de entonces, el Registro Público de la Propiedad indicaba que el inmueble había sido adquirido por Agnes Vasilevna Kovalevskaia, una persona desconocida en la ciudad. Con ella se extraviaban las pistas atesoradas por la gente que atónita enfrentaba un misterio insondable.

Los investigadores tuvieron que inventar explicaciones cada vez más ilógicas al carecer de evidencias que pudieran llegar a ser chismes bien cimentados en pruebas documentales. Una de las tantas teorías postulaba que, de acuerdo con la edad y buena pinta de los misteriosos visitantes, no tardaría en producirse un embarazo. El niño resultante tendría que ser llevado a la escuela, donde sus rasgos podrían proporcionar pistas fidedignas relacionadas con el origen de sus padres.

La cintura de doña Esperanza se mantuvo sin cambios a pesar de las miradas que intentaban registrar alguna variante significativa. El interés popular decreció cuando las milicias alemanas se adueñaron de Polonia. Las atenciones fueron atraídas por los mapas de Europa. Cartografías que muy pronto fueron rebasadas por los combates hasta volver ubicuos los escenarios de la Segunda Guerra Mundial. Las noticias lejanas eran captadas por los radios de onda corta y comentadas con avidez que ocultaba cualquier información local. Tal interés no se mantuvo durante mucho tiempo. La comunidad volvió a adentrarse en sí misma, al asumir que el conflicto era un disparate perpetuo. Un peligro demasiado cercano que era preferible ignorar. De pronto hubo una disposición renovada en atender las minucias pueblerinas que habían dejado de ser seductoras por atender asuntos ocurridos más allá de los océanos. La angustia cosmopolita fue rechazada de un día para otro por la mayoría de los victorenses. La fecha aún permanece imprecisa; sólo se sabe que ocurrió a mediados de 1942. Sin que nadie solicitara acuerdos, se generalizó una retirada general ante los hechos terribles que atormentaban las conciencias y presagiaban el fin del mundo. El olvido era la mejor manera de evitar los horrores desbordados, aunque nadie fuera capaz de eliminarlos para siempre y continuaran siendo deplorables. El conflicto crecía y los jóvenes jugaban a la guerra sin que nadie pudiera prohibirlo. La muerte demandaba víctimas y los voluntarios se manifestaban listos para atender el llamado a las armas ante el horror de los adultos.

Don Joaquín y doña Esperanza se mantenían reservados, siempre distantes de la gente que no les perdonaba la indiferencia recibida, sobre todo cuando la sociedad entera anhelaba conocer más de aquellos huéspedes singulares. Los mismos que no mostraban vocación alguna por incorporarse a un grupo que hasta entonces había sido poco accesible para los extraños. Aquel rechazo era inaudito en un territorio donde los relojes eran incapaces de marcar ritmos apresurados. En la calma, era necesario desnudar los secretos ajenos y vivir otras vidas mediante las posibilidades llegadas del exterior de vez en cuando. Los anhelos insatisfechos pululaban como legiones de hormigas en los corazones de los intrigantes. Los confusos misterios de los González fueron explicados

mediante conjeturas que hablaban de herencias fraudulentas, casinos en bancarrota, especulaciones financieras y, en alguna ocasión, don Joaquín fue aludido como el líder sanguinario de una pandilla de gánsters radicados en Chicago durante la década de los veinte. La belleza de Esperanza de González sirvió para construir otras historias no menos fantasiosas donde ni siquiera tomaban en cuenta la edad de la joven señora. La cabellera roja y los ojos verdes la hicieron extranjera, prostituta, artista de cine en el retiro, prófuga de las tandas del bataclán y pintora española antifranquista. En otras suposiciones, fue modelo de fotógrafos de rancia tradición anárquica inspirada en el mismo Bakunin, millonaria extravagante, hechicera de los Balcanes y espía de los ejércitos del Eje.

Alguna vez se dijo que era propietaria de una casa de citas en Colombia y, de acuerdo con una nota periodística publicada en el *Sol de la Huasteca*, se publicó que tras concienzudas averiguaciones se le había logrado identificar como la sucesora de Marlene Dietrich en plenas vacaciones patrocinadas por la compañía cinematográfica Warner Brothers.

Cada una de las diversas teorías tuvo periodos de triunfo que las hicieron lucir inapelables y dignas de confianza, sólo por unos días antes de ser devaluadas por la opinión pública siempre dispuesta a escuchar nuevas explicaciones, pero hasta las que lucían más consistentes no tardaban en desmoronarse sin remedio por la fragilidad de los argumentos que pretendían validarlas y por el surgimiento de otras posibilidades de irrefutable consistencia.

Lo que nunca pudo ocultarse fue la belleza de doña Esperanza.

La pareja desapareció sin dar explicaciones en 1943 y la mansión volvió a quedarse solitaria y hermética, mientras las hipótesis iban creciendo desquiciadas ante la incertidumbre que sin descanso gestaba suposiciones sin rumbo. Para 1960 la residencia estaba llena de sombras, pasillos largos, rincones inexplorados, crímenes insolutos, palabras que no terminaron de decirse, amores fallecidos, secretos románticos, canciones inconclusas, jadeos orgásmicos, relojes sin cuerda y habitaciones amuebladas en exceso donde ningún estilo predominaba, pues si la madera surgía indiscrimi-

Capítulo 6

When you are old and gray and full of sleep,
and nodding by the fire, take down this book,
and slowly read, and dream of the soft look
your eyes had once, and of their shadows deep.

WILLIAM BUTLER YEATS, *When You Are Old*

Los jubilados, Rafael y la guerra

En las bancas del lado sur del kiosco de la Plaza Principal se sientan los pensionados que trabajaron como obreros en los ferrocarriles, en la compañía eléctrica, en la desfibradora de henequén o como dependientes en los comercios pequeños. Vistos desde lejos surgen inmutables como una prominencia del terreno al ser unificados por las ropas color caqui. Nunca se acercan a las bancas del lado norte que ocupan otros jubilados que no reciben pagos de compañía alguna; son los que se retiraron por prescripción médica, por cansancio, por olvido o por voluntad propia; junto a esos privilegiados también se sientan algunos propietarios de negocios, profesionistas y empresarios aún en activo. Buena parte de la ciudad les pertenece y acostumbran evidenciarlo con cigarros traídos de Cuba y pipas relucientes. En los días cálidos portan trajes de lino cortados a la medida en la Sastrería Imperial. El casimir inglés se reserva para el otoño y el invierno, lo mismo que las gabardinas oscuras, los sombreros de paño impermeabilizado y uno que otro Stetson de corte vaquero.

Los de enfrente portan sombreros de palma marchitos que huelen a petate sudado, según dice don Rafael Martínez y Martínez que no oculta su desdén por “los hijos de la Revolución”, la espaciosa categoría donde agrupa a los que no fueron capaces de conquistar una posición económica decente como la gente honorable; es decir, los miembros de la buena sociedad que suelen conformar la clientela atendida como director vitalicio del Banco del Proletariado.

La oficina es amplia. Del techo distante cuelgan tres abanicos verdosos como las hélices de un avión sorprendido antes de estrellarse. Una percha de caoba sostiene un polvoriento salacot forrado con lona blanca impermeabilizada. Es el típico sombrero del explorador inglés popularizado durante las campañas africanas del siglo XIX, aunque don Rafael acostumbre llamarlo Burton-Hat, en honor del entrañable Richard Francis Burton, el descubridor del Lago Tangañica y traductor, entre tantas otras cosas, del *Kama Sutra* y *Las noches de Arabia*, obra esta última que Martínez lee con reiteración desde los diez años de edad, cuando era un niño larguirucho que soñaba viajar al África negra y al Oriente de Marco Polo.

Nunca lo hizo. De todos modos, le gustaría vestir su prenda con asiduidad como el literato y aventurero irredimible. Quisiera atreverse a emprender cacerías de vez en cuando, pero sólo se moviliza cuando sueña. No es infrecuente que se imagine ante las fieras surgidas del Serengeti y adentrándose a golpes de machete en la selva más tupida e inhóspita. Imagina ir desde la Costa de Marfil hasta el desierto del Sudán, aunque rechace sin explicaciones las invitaciones surgidas en el Country Club de Caza y Pesca Janambre, aún las relacionadas con la paloma de ala blanca que inunda con parvadas inofensivas las tierras planas del estado. Rafael es incapaz de soportar la intemperie en cualquier parte del mundo, por eso adquirió el salacot como el accesorio ideal para contrarrestar los efectos del sol que no duda en comparar con el africano, pero no utiliza el sombrero para sus desplazamientos ciudadanos desde que notó que un vendedor ambulante de frutas porta un atuendo semejante. A veces recuerda con disgusto las proclamas que anuncian la pagua madura, el tomate fresco y la lechuga recién cortada. Odia la voz enronquecida y tristonca que obliga a pensar en platillos aderezados con aguacate, apio, repollo y cilantro que contradicen su dieta carnívora. Siempre ha presumido que le basta tener ante sí un par de bisteces de res, de preferencia sin aliños de postín; una rebanada de queso fresco, frijoles negros y tortillas de harina para decirse satisfecho en cualquiera de las tres comidas. Él no precisa de los verduleros y maldice a los que comen hierbas como los conejos y los rumiantes. Los considera norteños de escaso arraigo y seres tan distantes como los constructores de la cultura maya.

Don Rafael farfulla incoherencias como si estuviera borracho. Se siente humillado por el plagio incomprensible. No sabe cómo alguien se atrevió a repetir el atuendo equivalente a obtener un aspecto valeroso ante las personas que lo consideran hablador y cobarde.

El salacot le resultaba indispensable para cambiar las opiniones del vulgo. No le importó pagarlo a un precio muy alto a un importador libanés y mañoso situado en la calle Niño Perdido de la capital del país, sin saber que el sombrero iba a convertirse en un espantajo capaz de provocar ataques coléricos casi a diario y que no iba a tener el valor de ocultarlo hasta provocar el olvido, como suele ocurrir con las personas y los objetos ausentes. Alguna vez pensó deshacerse de la prenda en el calentador. Un herrumbrado armatoste que acostumbra encender con leña de mezquite en el invierno, pero decidió que era mejor conservarse rabioso y mantuvo el salacot a la vista sin siquiera sacudirlo de vez en cuando; por eso quisiera detonar su escopeta de dos cañones y calibre doce, o el rifle 30-30 de mira telescópica en contra del frutero que vestido con prendas albas, incluso el cinturón y los zapatos, empuja un carretoncillo desvencijado por las calles del centro, siempre antes del mediodía, sin saber que tiene un adversario que no se atreve a revelarse.

Una sombra que bate alas en las alturas donde se mantiene ileso.

Martínez sonrío cuando mira batallar al vendedor en las calles empinadas que conducen a la Loma del Santuario. Redobra entonces las maldiciones destinadas al frutero. Alguna vez le ha deseado infartos fulminantes, en otras ocasiones se conforma con verlo atropellado por algún tráiler carente de frenos, pues le juzga tan pernicioso como las cucarachas hediondas que se esconden en los rincones de la oficina, a pesar de las numerosas ocasiones en que ha mandado fumigarla con líquidos cada vez más tóxicos y pestilentes, a despecho de provocarse alergias que su otorrinolaringólogo particular considera incurables.

El hombre se enjuga la nariz irritada como los ojos de donde brotan las lágrimas sin pausa. La mirada, menos ofendida que el

orgullo, recorre una a una las grandes imágenes que adornan el despacho.

Martínez descubre los retratos en blanco y negro de Roald Amundsen, Robert Peary, John Hanning Speke, Robert Baden-Powell y otros exploradores famosos que siempre ha deseado imitar.

Los héroes dominan paisajes que van del Polo Norte al Lago Tangañica. Hay daguerrotipos, óleos y fotografías que muestran triunfos de los aventureros más connotados. James Cook se manifiesta cerca de Hernán Cortés y de Magallanes. Napoleón propone un imperio inmortal para la Francia que le mira investirse como emperador. Taras Bulba desata sus tropas sobre Europa. Alejandro Magno simula oponerse en compañía de Erik el Rojo.

Don Rafael Martínez y Martínez piensa que haría falta un planeta como Júpiter para distribuir los territorios conquistados en épocas tan diversas. Si hubiera sido militar o explorador no se sentiría tan disminuido ante sus ídolos. La furia sustituye a la nostalgia. El hombre colérico sueña adentrarse en un dibujo realizado con lápiz y tinta china. Ahí se yergue la figura indómita de Richard Francis Burton encabezando una carga a caballo en contra de un castillo árabe. Los trazos exigüos destacan el movimiento más que los detalles del rostro. La arena se agita con los cascos de las bestias desbocadas y los gritos de los combatientes se unen al alarido furioso lanzado por don Rafael que manipula una espada imaginaria.

La mano, vacía, hiende la atmósfera nauseabunda sin volver satisfecha.

El banquero se desploma en un sillón revestido con piel de tigre de Bengala y piensa que aunque el comerciante desaparezca de la ciudad, le resultará imposible llevar el salacot por las calles sin ser confundido de mala manera. De seguro le solicitarán frutas y verduras de atreverse a usarlo a diario como desea. Solloza con estrépito de niño emberrinchado y derriba un cenicero de cristal que rebota hasta romperse en una explosión que cubre la duela de pequeñas partículas brillantes.

La secretaria se asoma asustada y es despedida con un gesto que no tolera réplica ni concede la posibilidad de una pregunta.

La mujer llora ante los clientes que no atinan a consolarla.

Ella no delata a su jefe y les dice que acaba de torcerse un tobillo.

La Segunda Guerra Mundial es un eco incesante que provoca reclutamientos en el campo militar de Monterrey; se dice que las tropas mexicanas están a punto de ingresar al combate y que allá se concentran los destinados a embarcarse. La guerra es un noticiero radiofónico de la XEW surgido en la capital del país, y la mortandad, expresada en cifras, es una tragedia tan enigmática como los intereses que tratan de entenderse con las armas. Los rusos han dejado de retroceder. África es un desierto convulsionado por las tropas inglesas y alemanas. En el Pacífico, las batallas extienden la muerte por sitios que hasta entonces habían sido irreconocibles. Meras señales en los mapas. Se habla de submarinos desembarcando tropas en las inmediaciones de Soto la Marina y de estaciones radiofónicas financiadas con capitales germanos para socavar la moral de los estadounidenses. La gente recela de los extraños. Se sospecha, sin que nadie lo confirme, de la presencia de incontables agentes secretos pululando por todo el norte de México. Los espías alemanes adquieren bienes, preparan actos de sabotaje, transmiten consignas y buscan adeptos en las líneas fronterizas para organizar una invasión a Estados Unidos. De obtener la victoria, dicen algunas hablillas que no todos atienden y muchos desdeñan, México adquirirá preponderancia en América y las mujeres serán inseminadas con sistema artificial, o como se pueda con las virtudes de los hombres arios hasta acabar con el mestizaje.

Fortunato Carreón, un abarrotero proclamado el único nazi en la región central de Tamaulipas, añade que de acuerdo a sus cálculos el proyecto no necesitaría extenderse más de dos siglos. No es esa la única posibilidad que se menciona. Los opositores desean amanecer con la guerra declarada y alistarse de inmediato como si fueran caballeros águilas y leopardos lanzados en contra de Alemania y Japón. Quisieran adquirir patentes de corso y volver con nuevos patrimonios para la descendencia, si a fin de cuentas ése es el único propósito del hombre complementa Rodolfito Morales Hernández, padre de veintidós hijos bien repartidos en diversas rancherías localizadas entre Cruillas y San Carlos. El hombre